TRADUCCIÓN

LA CASA VACÍA DEL CAMPO

KYUNG-SOOK SHIN*

Traducción del coreano:
MARÍA KO DE CARRANZA

LA CASA ESTÁ EN MEDIO DEL CAMPO, rodeada de hiedras. Cuando pasa por allí, la gente la mira sin falta con curiosidad, porque nadie entiende por qué una casa como aquélla está en ese lugar. ¿A quién no le despertaría curiosidad una casa en medio de los arrozales y campos de cultivo? Pareciera que allí no viviera nadie. Es rara, pero bonita, la presencia de una cortina blanca tejida a mano colgada en la ventana. Es tan perfecto el tejido que parece verse el movimiento de las manos de la tejedora. Como es una casa vacía, cualquiera podría llevársela, pero nadie la toca. Esta casa nunca ha tenido puerta principal. Las graderías reclinadas llevan a la entrada. Una, dos, tres, cuatro..., nueve en total. Aunque esté vacía, allí también llegan las estaciones. En verano, las hiedras la cubren. No debe haber gente

* Nació en 1963 en Chongup, provincia de Chollabukdo, Corea del Sur. Estudió en el Departamento de Creación Literaria de la Universidad de las Artes de Seúl. Se dio a conocer como novelista en 1985 con el Premio de Nuevos Literatos de la Revista Munye Joongang. Publicó *Fábulas de invierno* ("Kyoul ujwa", colección de cuentos), *Donde estaba el órgano* ("Punggumi iton chari", colección de cuentos), *Honda tristeza* ("Kipun sulpum", novela), *Cuarto aislado* ("Oetan bang", novela), *Hermosa sombra* ("Arumdaun kunul", colección de ensayos). Fue galardonada con varios premios: Premio de la Literatura del Diario Hankuk de 1993, Premio de Artistas Jóvenes de 1993, Premio de la Literatura de la Revista Literaria Hyundai de 1995, Premio de Manje de 1996.

Sus obras se distinguen por ahondar temas del mundo interior de los seres humanos con un lenguaje pulcro y hermoso. Al referirse al cuento *La casa vacía del campo*, la autora dijo que su intención fue expresar la situación más triste del mundo, la cual es que ningún dolor se podrá comparar con el dolor de una madre que sufre por la muerte de la propia hija. Todavía más, cuando esta muerte tiene que ver con su propia culpa.

que cuide la hiedra, todo se ha tornado verde, hasta la casa. La gente, aunque quisiera entrar allí, al ver la hiedra crecida se asusta y se va. Cada hoja, llena de vida entre las ramas fuertes, parece una lengua verde cuando la rodea el viento que pasa por el campo. Si una persona entrara allí, la hiedra de manos largas podría envolverle el cuello. El único lugar al que no llega la hiedra con sus hojas y sus ramas es a la gradería empinada. La escalera reclinada, donde no hay rastro humano desde hace mucho tiempo, es como un camino blanco que conduce a algún lugar tan lleno de hiedra verde que hasta da miedo.

¿Quién podría creer que en esta casa donde ahora no vive nadie, en una época pasada había felicidad y cantos? Una alegría que nadie podría creer. Sólo el viento del campo es testigo. Había alegría en esta casa del campo. Una alegría como de leyenda. Hasta ahora, los vientos, cuando no tienen otra novedad, hablan de aquella mujer y de aquel hombre. Hablan de la humildad del hombre y la mujer cuando entraron por primera vez en este campo, y cuentan del amor de los dos.

Un hombre y una mujer, que no podían casarse porque no tenían dónde vivir juntos, llegaron un día a este campo. Eran tan pobres que no podían amarse en la ciudad. Tristes caminaban y caminaban hasta que llegaron a este campo y se detuvieron frente a esa casa. La casa vacía los atrajo. Cuidadosos abrieron la puerta, luego entraron a la sala y por último abrieron la puerta del dormitorio. Nadie se los impidió. Allí se durmieron. Nadie los fastidió. Llevaron la cama y allí vivieron. Nadie dijo nada. La mujer limpió el piso de la sala y cambió el caño oxidado del baño. El hombre subió al tejado, arregló las goteras y miró por todos lados. Sólo se veía el campo, y la falda de la montaña allá lejos al final del campo. El inmenso campo y la montaña los miraban con cariño porque sabían que los dos amantes querían vivir allí. El hombre y la mujer lloraron. Creyeron que ese nido sin dueño lo había descubierto el amor de los dos. No podían creer cómo les había caído esa dicha, felices se acariciaban las caras. El hombre iba lejos del campo para trabajar de obrero de construcción, y la mujer le llevaba el almuerzo envuelto en un mantel. Su único deseo, que era poder estar juntos, se había realizado, ya no tenían más sueños en la vida. Por las tardes la mujer preparaba la

cena y lo esperaba cantando. El hombre, oyendo que los cantos de su mujer llenaban el campo, regresaba feliz a casa. Así era su vida. A veces la mujer temblaba tomando las manos del hombre. ¿Por qué nuestros días son tan felices? ¿No entrará el celo entre nosotros para llevarse toda la felicidad en un segundo? Entonces el hombre acercaba su rostro arrugado al de la mujer. Nosotros no tenemos nada que perder. Este campo no es real. Sólo necesitamos seguir soñando. No te preocupes.

La mujer ya no se preocupaba. Nació la hija. La niña cumplió cinco años, nadie los desalojó de la casa. El hombre trabajaba mucho, la mujer era obediente y cuidaba a la niña. La casa, antes desolada, ahora relucía. Había florero, y la mujer había tejido y colgado la cortina en la ventana. El hombre era el jefe en su lugar de trabajo. Ganaba dinero sin cargar la arena o los ladrillos en su espalda como antes. La niña, producto del amor de los dos, crecía saludable. Sus mejillas graciosas y sus caderas estaban redonditas. La niña les preguntaba con insistencia: Mamá, ¿soy bonita? Papá, ¿soy bonita? Una de las alegrías era responder a la gracia de la niña. Agradecían a la casa del campo por la felicidad. Pero la casa había decidido darles solamente esa felicidad.

Un día la mujer llevó a la niña a la ciudad. Compró según el apunte que llevaba todas las cosas necesarias para la vivienda. Y volvió a la casa del campo. Aunque eran los primeros días de verano, venteaba extrañamente. En la mano de la mujer había un bulto pesado y la niña caminaba delante de ella. Llegaron a casa y se detuvieron frente a la blanca gradería inclinada. La niña subió la primera grada y se dio la vuelta. El paseo después de mucho tiempo la había cansado porque su rostro estaba blanco y pálido. Aún así la niña le preguntó jocosamente.

—Mamá, ¿soy bonita?

La mujer le contestó que sí. La niña subió otra grada y le preguntó de nuevo:

—Mamá, ¿soy bonita?

La mujer le contestó: “Claro que sí”. La niña en la tercera grada le preguntó otra vez:

—Mamá, ¿soy bonita?

El bulto en su mano le pesaba mucho. Pero para no desilusionar a la niña le contestó alegre. Nunca he visto a una

niña tan bonita como tú. La niña se alegró. Cada vez que oía su respuesta la niña saltaba. Cuarta, quinta, sexta, séptima, octava. Cada vez que subía le volvía a preguntar volteando su cara blanca:

—Mamá, ¿soy bonita?

La mujer le contestaba sin falta: “Eres la más bonita en el mundo”. Sin embargo, sufría porque la mano que tenía el bulto pesado ya no aguantaba el peso. Deseaba de todo corazón que la niña ya no le preguntara y que le abriera la puerta del zaguán. Sin embargo, la niña, al subir a la novena, volteó y le preguntó:

—Mamá, ¿soy bonita?

El bulto pesado se le cayó al suelo. Las hojas de hiedra lloraron por el viento. Sí, eres bonita. La mujer, de repente, sintió algo raro. Sintió por un segundo que alguna fuerza incontrolable entraba en ella. Pero no quería empujar a la niña. Simplemente quiso darle una nalgada. Tan pronto como su mano tocó a la niña, ésta, como si estuviera envuelta por el torbellino, se cayó rodando por las nueve gradas que había subido con tanta dificultad. ¡Nooo! La mujer la siguió, pero... La casa vacía del campo ya no quería darle más felicidad. Sin derramar ni una gota de sangre, la niña murió pálida. En el momento en que expiraba, la niña le preguntó de nuevo: “Mamá, ¿soy bonita?”

Pasaron días y meses silenciosos. La tristeza dejaba su larga cola y el silencio reinaba en la casa. El hombre consolaba a la mujer, pero la mujer perdió la risa. El hombre quería demostrarle más su amor, pero la mujer siempre miraba a lo lejos. La mujer pensaba constantemente en la fuerza invisible de ese día. ¿Qué era? ¿Qué habría sido? Esa fuerza que había penetrado hasta el fondo como una lengua. La mujer envejecía. Un día era como un año, y cada día se ponía más delgada y sin brillo, y los pómulos se le resaltaban más. Ahora ella parecía la hermana mayor o la madre del hombre. En eso llegó de nuevo la oportunidad de estar felices. En ese silencio la semilla del amor brotó de nuevo.

Su amor se recuperó gracias a la nueva criatura. Después de tanto tiempo la mujer llenó de flores el florero. Nació otra niña. El hombre le dijo que era idéntica a la niña muerta y que

era su reencarnación. Entonces la mujer se rió. Dejó de mirar la montaña lejana. Poco a poco comenzó a recuperarse de su envejecimiento prematuro y ya se parecía a la mujer de antes. La mujer amaba tanto a la niña, quizás más que al hombre. Algunas veces, el hombre se preocupaba de que el amor de su mujer hacia la niña era demasiado grande; pero, se sentía aliviado porque la veía recuperada como antes. La niña creció sin problemas y cumplió cinco años. El hombre y la mujer pensaron: ¿nos iremos a vivir a la ciudad con la niña? Pero, no estaban seguros de nada. Estaban mejor que al inicio de su vida matrimonial, pero seguían siendo pobres. El hombre le propuso a la mujer que vivieran un poco más en esa casa. Dijo que algún día los tres podrían ir a vivir a la ciudad. La mujer confió en el “algún día” del hombre. Vivían con esa esperanza de “algún día”. Quizás la casa del campo, otra vez, había tenido celo de esa esperanza.

Al principio la mujer no se dio cuenta de nada. Simplemente cogió la mano de la niña y subió al ómnibus como la otra vez para ir a la ciudad a comprar las cosas necesarias. Como iba una vez al mes a la ciudad, en cada viaje, traía mucho bulto. Eran los primeros días de verano y soplaba un viento raro. Aún así, la mujer no sintió nada. Se había olvidado de que un día como ese había muerto su primera hija. Al volver a casa, fue frente a la gradería cuando se dio cuenta de que ese día estaba repitiéndose. La niña que la seguía se le adelantó de repente. Se paró frente a la gradería, puso un pie en la primera y le preguntó:

—Mamá, ¿soy bonita?

La mujer dejó las cosas en el suelo y la quiso abrazar diciéndole: “Mamita, no lo preguntes”. La segunda hija nunca le hacía esa pregunta. Sin embargo, la niña esquivó a la mujer fríamente. Y le preguntó de nuevo:

—Mamá, ¿soy bonita?

A la mujer le tocó responderle siguiéndola: Sí, mamita. Sudaba a chorros. ¿Qué está sucediendo? La niña en la segunda grada le repreguntó:

—Mamá, ¿soy bonita?

A la mujer se le doblaban las piernas. La pesadilla de hace cinco años apareció ante sus ojos. La mujer le contestó con toda la fuerza. Claro que sí. La niña le preguntó en la tercera:

—Mamá, ¿soy bonita?

La mujer pisó fuerte siguiendo a la niña. Sí, eres bonita. La mujer clamó al hombre. Ayúdame. Eso había sucedido en la novena. La mujer trató de estar bien despierta. No, no debo repetir el mismo error de ese día. Es la única forma de pasar esta crisis. La niña subió a la novena, y volteándose la miró con la cara blanca:

—Mamá, ¿soy bonita?

Trataba de estar fuerte, pero la mujer temblaba. Sí, eres la más bonita, la más hermosa. La niña miraba con sorpresa a la mujer que temblaba y le preguntó de nuevo:

—Mamá, entonces, ¿por qué me empujaste ese día?

Cuando el hombre volvió de su trabajo, la casa del campo estaba vacía. No podía hallar ni a la mujer ni a la niña. Debajo de la gradería reclinada estaban las cosas que la mujer y la niña habían comprado en la ciudad. El hombre las esperó mucho tiempo. No comía, ni salía a trabajar. El hombre esperaba más a la mujer que a la niña. Mas, la mujer no volvía. Todas las noches la hiedra envolvía al hombre y lo soltaba. Noche tras noche, el hombre enflaquecía más. Fue un día cuando soplaba mucho viento. El hombre que estaba en cuclillas oyó el clamor de las hojas de la hiedra. Mamá, ¿soy bonita? El hombre tapó sus oídos. Sí, eres bonita... La débil voz de la mujer siguió a la de la niña. Al clarear el día, el hombre, pálido, salió de la casa del campo. Nunca más volvió allí.

En el campo todavía está vacía esa casa. Las hojas de la hiedra cada día se ponen más verdes. ¿Qué habrían comido? Aunque usted, que es pobre, vea esa casa sola al atravesar el campo, siga su camino. La felicidad y los cantos son de esa época. Aunque la blanca cortina tejida por la mujer con sus propias manos le parezca tan bonita que le den ganas de entrar allí a vivir, aléjese de allí. No escuche a las nueve graderías y a las tupidas hojas verdes de hiedra que le dirán: “Mamá, entonces, ¿por qué me empujaste ese día?” ❖